

ALFONSO EL SABIO, CONSIDERADO COMO HISTORIADOR

LA Real Academia de la Historia me honró con su presentación, y en su nombre voy a participar en este magno homenaje a la figura de Alfonso X el Sabio. Bien inspirada por su ilustre Presidente, el Doctor don José Pérez Mateos, la Academia murciana de Alfonso el Sabio organizó actos conmemorativos, concursos y conferencias para celebrar el centenario de la reconquista de Murcia por el excelso Príncipe, que sería en el Trono antorcha de sabiduría, con resplandores no igualados desde las cumbres del poder. La Real Academia de la Historia no podía estar ausente en este acto. No sólo porque a ella le compete, con autoridad máxima, el estudio de personaje histórico tan relevante, sino porque también en el saber enciclopédico del Rey castellano figuraba en lugar destacado la Historia. Me cumple, pues, decir hoy unas palabras acerca de Alfonso el Sabio considerado como historiador.

Deseamos averiguar cuándo y cómo brotó en nuestro Príncipe la vocación a la Historia. Natural en todo Rey el culto por el pretérito, y más si cuenta en su genealogía gloriosos ascendientes. Pero en Alfonso se mostró esa afición de modo eminente, y tuvo origen en su niñez. Intentaré demostrarlo.

De pocos meses le trasladaron de Toledo a Burgos. En aquella comarca poseían tierras Garci Fernández de Villamayor y su mujer doña Mayor Arias, encargados ambos de la crianza del heredero. Hoy sabemos que pasó sus pri-

meros años en Celada y Villaldemiro. Estos pueblos de la merindad de Castrogeriz, gozaban fama de saludables.

A pocos kilómetros de Villaldemiro está Villaquirán de los Infantes, donde probablemente se criaron don Fadrique y don Enrique, este último confiado a la guarda del canónigo burgalés don Gil, años después renombrado Cardenal. Visitaría don Alfonso a sus hermanos; y cruzando luego la campiña, iría de Villaquirán a la riente Pampliega, que se divisa desde el camino, erguida sobre un pequeño cerro, cuyas faldas lame el Arlanzón.

En Pampliega, tal vez aprendiera la primera lección de Historia. Da que pensar el que Alfonso de niño estuviera varias veces en Pampliega. Seguramente visitaría la tumba de un Rey toledano, conservando este recuerdo de infancia. Cuando pasados tantos siglos, en nuestros días, cualquier chicuelo pampliegués conduce al viajero a la era de Wamba, cuánto más viva se guardaría su memoria en el siglo XIII, a la vista del convento de San Vicente, donde yacían los restos del Monarca goda.

Esta no es sólo una suposición. Advertiremos en seguida que reviste casi los caracteres de la verosimilitud y hasta de una verdad comprobada. Un documento del año 1274, fechado en Palencia el 13 de abril, aportará curiosas coincidencias. No es un simple diploma de cancillería. En él habla el Rey, y lo hace con un tono y autoridad de historiador. Pocos documentos similares se hallan en el acervo documental de la Edad Media. Oigamos al autor.

«Sabiedo ciertamente que el noble Rey Bamba, que fué de linaje de los godos, et sennor de las Espannas, et de otras tierras muchas que él ganó con la merced de dios et con el su esfuerço, et con la su bondat, et assossegó et puso en buen estado, assí que contienda ninguna non dexó en todas sus tierras.» Sigue alabando a Wamba y aludiendo a su discutida *Hitación*. Luego añade: «Et demás de todo esto sopo traher de guysa su hacienda, et por acabar bien su tiempo, et saluar su alma, que ante que

muriese tomó Religión de monjes negros en Sant Vicente de Pampliega, que era de los onrrados monasterios que auye en Espanna en aquella sazón ¹.»

No es aventurado, pues, el relacionar la narración anterior con el perenne recuerdo de su niñez, reforzado con los pasajes restantes del documento, que estudiamos a continuación. San Fernando comunica a su hijo, quiere trasladar los restos de Wamba, y sabe de su autenticidad por el Arzobispo don Rodrigo «et por los de la villa quel mostraron el lugar o yazie enterrado ante la puerta de la iglesia».

Es decir, que el propio San Fernando lo supo de los habitantes de Pampliega en aquellas excursiones que verificaba para ver a sus hijos, repartidos en Celada o Villaldemiro, Villaquirán y Mamud, donde se criaba el Infante don Manuel, el más pequeño. Se conservan muchos documentos del Rey, fechados en Muñó, muy cerca de los pueblos mencionados. Aquella tierra seca, de viento cierzo, era reputada como muy sana. En la comarca está el pueblo de Mecereyes, donde quizá, además de Alfonso VIII, se criaron otros Infantes castellanos.

Pero volvamos al diploma de Wamba. San Fernando

¹ A este documento se han referido varios autores. Pedro Fernández del Pulgar que lo menciona dice equivocadamente que se trata de un documento concedido a Palencia. Está fechado en Palencia, pero nada tiene que ver su contenido con esta ciudad (Pedro Fernández del Pulgar, *Historia de Palencia*, II, p. 344). También lo cita Mondéjar (libro III, cap. XXVII, p. 193), y el P. Flórez (*España Sagrada*, t. XXVII, p. 86), que dice lo vió Sandoval. Tomás González lo publica con las incorrecciones habituales de su publicación, no achacables a él, sino a las imperfectas copias de Simancas (*Provincias Vascongadas*, t. V, pp. 128, 129 y 130). Lo publiqué en mi discurso de ingreso en la Academia, tomándolo de un privilegio dado a Toledo por Pedro I de Castilla, y que hoy se conserva en el archivo municipal toledano. El original del documento alfonsino se ha perdido (Disc. de entrada en la Academia, *Alfonso X emperador (electo) de Alemania*, Madrid, 1918, pp. 72 y 73). Entre otras garantías de autenticidad queda aducida que la data coincide con la letra dominical.

no pudo cumplir su propósito, y dice su hijo: «Onde nos, sobredicho rey don Alfonso, después que regnamos, fuemos a aquel logar et sopiemos todas estas cosas ciertament.» Esto sucedía en 1254, y sin temor a yerro puede afirmarse que en octubre, en su viaje de Valladolid a Burgos. El certificarse significaba con claridad el cerciorarse, el retornar a sus recuerdos, para lograr una información más detallada. Sin embargo, los acontecimientos del reino le impiden realizar su proyecto, y por fin en 1274, transcurridos veinte años, perdura la noticia de Wamba. Cuenta el Rey: «Salimos de Burgos, et acaesciónos de pasar por Pampliega, et quisiemos prouar si yazie enterrado en aquel logar o nos dizien. Et mandamos lo cauar de noche a clérigos et a omes buenos de nuestra Casa, et otrossy de la villa, et quiso Dios quel fallamos allí o nos dizien.»

El Monarca, con auténtico espíritu investigador, actúa como un arqueólogo de hoy. No perdona medio de inquirir la verdad. Clérigos y gente de su corte se aplican a descubrir el sepulcro, y con alegría, no disimulada, y que se transparenta en sus palabras, proclama el éxito de la excavación.

Considera el Rey que no hay en Pampliega lugar decoroso para el enterramiento de Wamba, y decide trasladar el cuerpo: «tomamos lo ende et mandamos le leuar a Toledo a enterrar, que fué en tiempo de los godos cabeça de Espanna et o antiguament los emperadores se coronauan».

Toledo era para Alfonso una evocación histórica de inconmensurable amplitud. Le recordaba la ciudad donde nació y las leyendas imperiales de Carlomagno con los palacios de Galiana ¹ y el gigante Ferragut, nombre que se había perpetuado en la comarca riojana, pues hay docu-

¹ Donación de Alfonso X a la Orden de Calatrava (26 abril 1269, Jaén). «Otrosí uos damos las nuestras casas en Toledo que dizien de Galiana» (Escrituras de Calatrava, t. IV, f^o 50, A. H. N.), documento publicado en *Sevilla en el siglo XIII*, p. CLXIX.

mentos en que los testigos se llaman *Ferragut miles* y *Ferragut filii Lopi Sancii* ¹.

Pero surge el preguntar: ¿Quién fué el maestro que enseñó al Príncipe el *trivium* y el *quadrivium*? ¿A quién se debe la educación cultural de don Alfonso? Hemos de proceder por conjeturas. Ni el guerrero y cortesano Garci Ferrández, mayordomo de doña Berenguela, ni su mujer Mayor Arias, la ricahembra, que al frente de sus mesnadas acudiría al sitio de Sevilla, son los maestros del primogénito. Atienden a otros muchos aspectos de su educación. Menos podemos pensar en su nodriza, la noble dueña Urraca Pérez, ni en su marido García Alvarez. En cambio nuestras sospechas se fijan en García Gutiérrez, que en un pergamino de 1231 se titula *ayo del inffant don Alfonso*, precisamente cuando éste frisaba en los diez años, edad competente para comenzar estudios. El ayo debía de ser hermano de Gonzalo Gutiérrez, mayordomo de la Reina doña Beatriz. Si así fuera, descubriríamos una natural intervención de la madre en la educación del hijo ².

No es inverosímil que su abuela doña Berenguela influyera en las aficiones históricas del nieto. Algunas temporadas acompañaría a la Reina en su palacio morisco de las Huelgas de Burgos y también en otra mansión rústica en los Balbases, cerca de Villaquirán, donde existe tradición que habitaba la Soberana parte del año. Doña Beren-

¹ Documento de XII kalendas julii, 1209 de la era. La condesa doña Aldonza dona varios bienes en Nájera al monasterio de Santa María de Cañas. Entre los testigos aparecen *Ferragut miles* y *Ferragut filii Lopi Sancii* (Documentos de Santa María de Nájera, caja 146, nº 24, A. H. N.). En otro documento de 1291 de la era (15 de octubre), doña Toda Pérez dona una heredad a Santa María de Nájera. Uno de los propietarios colindantes de la heredad se llama *Don Sancho Ferragut* (Colección Hergueta, I, p. 341).

² Año 1231 (junio). Carta de Roy Fernández de Embid, en que vende a doña Inés, priora de Las Huelgas, un solar en Embid. Confirman: *Don Gonçaluo Guterrez, mayordomo de la reyna donna Beatriz* y *García Guterrez, ayo del yffant Don Alfonso* (Amancio Rodríguez López, *Las Huelgas*, I, p. 432).

guela era la historia viva. Relataría a su nieto los sucesos de las Navas, le hablaría del Príncipe alemán Conrado, hijo de Federico I *Barbarroja*, que fué su prometido, del reino de León y del Imperio, sembrando en la mente del niño las ambiciones imperiales.

El magisterio del gran historiador don Rodrigo Jiménez de Rada, no es de este tiempo. Las estancias del Arzobispo en tierra burgalesa, eran fugaces. Doña Berenguela le había encargado la educación de los Infantes don Felipe y don Sancho, que ella destinaba a la clerecía. Luego, ya hombre, don Alfonso trató con frecuencia al primado toledano, y no dudamos en asegurar que en largas conversaciones con el Arzobispo se consolidó la vocación histórica del Príncipe. Esta le acompañó toda la vida.

La empresa cultural más larga del Rey Sabio, es la histórica. En la curva de su existencia llega hasta su fin. Muchas de las composiciones poéticas las escribió en la juventud; de la dirección de los *Libros del Saber de Astronomía*, y de la posible redacción de algunos, se conocen sus fechas, que corresponden, como las *Partidas*, a la edad madura. En 1270 comienza la redacción de la *Crónica General*, que se había de terminar en los primeros años del reinado de su hijo. El año 1283, el anterior a su fallecimiento, trabajaba en la redacción de la *General Estoria*, que dejó inconclusa. Puede calcularse que de 1275 a 1284, se extiende la época de su gran actividad historiográfica.

Labor de vejez, cuando la experiencia ha sedimentado los juicios. En que el conocimiento de las pasiones humanas es más perfecto. La erudición brillante, incluso la investigación y el descubrimiento, son o pueden ser obra de juventud, pero la interpretación reposada, la síntesis segura de los fenómenos históricos, es tarea de hombres muchos, cargados de años.

Sería útil el detenernos en el examen de las fuentes de la obra histórica del Rey Sabio, pero es asunto muy prolijo y debemos huir del escollo. Otro aspecto es imprescindible, el de la intervención más o menos directa del Rey en la redacción de su obra histórica. Me inclino a la afir-

mativa y expondré los motivos de mi creencia. Por de contado que tuvo colaboradores, y el saber cuáles fueron constituye otro intrincado problema. Pero se trata de la redacción, y ésta en gran parte, si no en su totalidad, se debe a don Alfonso.

Aduzco, entre muchos, un texto definitivo. Hasta el presente ha quedado inadvertido, y ahora quiero señalarlo. Al escribir de Juan de Acre y de doña Berenguela, la hermana de San Fernando, que se casaron en Burgos, expresa luego el cronista: «finados et salidos de medio, aquel don Baldovino et su mugier donna María fueron alçados sennores dell imperio de Constantinopla. Et dize ell arzobispo aquí *Dios guarde ell estado dellos*, et deziemos nos *amen*, ca debdo auemos» ¹.

Estas últimas palabras, que significan parentesco, nadie sino el Rey podía escribirlas. La madre de María era tía carnal de Alfonso X, como hermana de San Fernando, y tanto María como sus hermanos, los condes Deu, de Belmont y de Monfort, que figuran en los privilegios rodados alfonsinos, fueron primos del Monarca.

No quiero cansar más vuestra atención. Sólo rememoraré para terminar, que sus mismos contemporáneos, los juristas y las gentes de letras, ya le reputaban extraordinario por su sabiduría. Así Fray Lorenzo, Obispo de Badajoz, el año 1268, en el fuero de Campomayor, expresa al mencionarlo: *el glorioso e sabio e victorioso Rey don Alfonso* ². Y no es un elogio cancilleresco, porque no es frecuente

Primera Crónica General, ed. R. Menéndez Pidal, apartado 997, p. 677. El llamado Juan de Acre es el valeroso Juan de Brienne, rey de Jerusalén y luego emperador de Constantinopla, que murió en 1237. Por tanto, el pasaje aludido del arzobispo lo escribió éste después de esa fecha y antes de 1247, data de la muerte de don Rodrigo. A su vez el *amen* de don Alfonso se escribía antes del 24 de julio del año 1261, en que fué desposeído Balduino II del trono de Constantinopla por Miguel VIII Paleólogo, que se apoderó de su capital (Conrado Chapman, *Michel Paléologue restaurateur de l'Empire Byzantin (1261-1282)*, París, 1926, p. 44).

² *Memorial Histórico Español*, I, p. 250.

en las colecciones diplomáticas. Responde indudablemente a un sentimiento universal de los doctos, que reconocían la sapiencia del Rey.

Me resta el felicitar de nuevo a la Academia alfonsina de Murcia, que tan brillantemente ha correspondido al afecto que profesaba Alfonso X a su ciudad, y que ésta, en vida del Rey, pagó con fiel e inquebrantable lealtad, mostrada en los momentos más tristes y difíciles del reinado de tan gran Monarca. ¡Loor, pues, a la Academia murciana de Alfonso el Sabio!

ANTONIO BALLESTEROS.